



de derechos del hombre, la de las frases solemnes de la independencia se detuvo cuando había que aplicarla a los indios sioux o a los esclavos, dentro mismo del territorio; y cuando se trató de arrancar trozos a Méjico o a Panamá, o de arrancarles riquezas a los otros países del mismo continente —después de otros—. La historia de la Revolución francesa nos cuenta lo que pasó en Haití: cuando los colonizados recibieron, con el retraso propio de la época, la noticia de que había caído la monarquía absoluta y de que aparecían ideas de libertad, igualdad y fraternidad, se revolucionaron a su vez; y fueron los revolucionarios franceses los que acabaron, con sangre, con ese sueño de que la Revolución es para todos.

La izquierda europea ha parecido ser muy sensible a estas formas de colonización y descolonización. Está todavía en la memoria el sobresalto de los nuevos enciclopedistas franceses, de las gentes de conciencia, por las últimas guerras coloniales de su país: las de Indochina y Argelia. Ese sobresalto estaba en relación directa con su obligación de ir a combatir y pagar mayores impuestos. Poco des-

pués sucedió lo mismo en los Estados Unidos con la guerra del Vietnam. No hay, sin embargo, ningún sobresalto en continuar explotando en esta forma de bienestar común europeo a los países donde no hay necesidad de combatir, porque tienen ya regímenes vicarios que forman parte de la contrarrevolución. Los partidos de la izquierda son, en este caso, tan mudos como los de la derecha. Es cierto que hay sobresaltos de conciencia por ciertas situaciones, como las de Argentina o Chile. En estos momentos, por la de El Salvador. Pero si se rasca esa conciencia un poco se verá que lo que se pretende es evitar el riesgo de revoluciones demasiado graves; buscar unos regímenes apacibles y discretos, y seguir contando con el estaño, el café, el petróleo o el azúcar. Para que también en Europa sean imposibles las revoluciones. En algunos partidos de la izquierda europea está muy arraigada esa mentalidad: la acusación de «tercermundismo» a quien se preocupa demasiado de ese tipo de problemas es descalificadora.

La evolución a la derecha de los partidos izquierdistas europeos es, por consiguiente, un factor de aleja-

miento de las revoluciones. Pueden confundirse como se quieran causas y efectos. Podría suceder que el relativo bienestar producido en Europa por el nuevo reparto colonial multiplicado por las revoluciones científicas y técnicas haya desarmado el revolucionarismo de los partidos de la izquierda; podría ser, también, que el retroceso de esos partidos haya permitido y esté permitiendo la nueva explotación. Es igual. El hecho es que la explotación se ha exportado y que la idea de lucha de clases ya no es admisible cuando se trata de naciones proletarias frente a naciones desarrolladas.

Como consecuencia de todo ello ha fracasado también lo que se suele llamar «modelo revolucionario». Una idea que siempre ha sostenido Toynbee es la de que las revoluciones son miméticas. «Las revoluciones pueden definirse —dice en su «Estudio de la historia»— como actos de mimesis retardados y relativamente violentos». «Toda revolución se refiere a algo que ha ocurrido ya en otra parte; y cuando se estudia una revolución en su situación histórica se ve claramente que no habría ocurrido nunca por sí misma si no hubiese sido provocada por un juego anterior de fuerzas externas.» Por ejemplo, no habría habido Revolución Francesa de no haber existido antes la de los Estados Unidos y la de Inglaterra... Esto es en parte cierto porque se puede aplicar a todos los acontecimientos históricos de cualquier índole, e incluso a los individuales (todo acto determinado de un individuo no ocurriría si no hubiese sido precedido por otros actos similares...) pero reducirlo a ello no sería más que un conservadurismo sin sentido real. En realidad, cada revolución como cada suceso histórico es hijo de sí mismo y tiene su individualización, sus rasgos propios. Y la verdad es que cada revolución anula otras revoluciones posibles de la misma índole, porque segrega las defensas contrarrevolucionarias. No ha habido más que una Cuba, como no ha habido más que un Vietnam; cuando Cuba ha querido exportar su propia revolución, en la patética aventura de Ernesto Guevara (el «Che»), y hasta multiplicar el suceso de Vietnam, no lo ha conseguido; ha fracasado. Por una parte, porque las fuerzas contrarrevolucionarias han aprendido, han recibido su vacuna; por otra, porque los acontecimientos que conducen a una revolución son absolutamente propios. El Irán es irrepetible. Podrá haber una ola de sobresaltos y revoluciones musulmanas, de reivindicaciones islámicas; pero la situación geográfica, económica, polí-